

CARTA DÉCIMANONA

Croquis de Pedro y Simona á los doce años. — La educación no borra las diferencias esenciales de natura. — Aptitudes físicas diferentes de dos niños : lo que la educación les ha dado de común. — El peculio intelectual : francés, latín, ciencias. — La cultura moral. — La conciencia. — El conocimiento de sí mismo. — Estado de una buena planta humana en vísperas de la primavera.

TE he prometido, querida Francisca, para cerrar esta serie de palabras sobre la « juventud de la infancia », entre los siete y los doce años, trazar un croquis de lo que debe ser, — cuerpo, inteligencia y corazón, — un niño de doce años que haya sido bien educado. Claro está (mis ideas sobre este punto te son familiares) que hasta esta edad no establezco diferencia alguna entre el niño y la niña : la naturaleza nos enseña que no hay necesidad de establecerla.

Cuando Pedrito y Simona tengan doce años ¿en qué estado físico, intelectual y moral pretendemos que les habrá puesto nuestra educación?

Para hacer más accesible la doctrina de nuestra respuesta, « empleemos, — como dice ingenuamente el novelista Gustavo Aymard — el privilegio del novelista ». Imaginemos á Pedrito á los doce años; Simona contará entonces doce años y tres meses. Miremos vivir á esta gentil pareja.

SIMONA Y PEDRITO Á LOS DOCE AÑOS

La educación, que impone útiles hábitos adquiridos y atenúa los que son innatos, no pretende cambiar de arriba abajo la naturaleza de los niños. Pedrito y Simona, educados

juntos desde la edad de cinco años según preceptos idénticos y por los mismos maestros son, sin embargo, á los doce años, personajes diferentes. Y celebro que así sea, porque una educación que rompiera las naturalezas y moldeara seguidamente, de una manera igual, todas las naturalezas, me parecería execrable.

En primer lugar no existe ningún parecido físico entre el primo y la prima. Simona es y será sin duda, como la espada de Carlomagno, « muy larga y muy plana » : desde hace mucho tiempo nos preguntamos si su estatura no superará á la de Pedrito. Hacia los once años, tu hijo creció un poco, crecimiento que después aumentó bastante. Puede augurarse para él una buena estatura de francés, un metro sesenta próximamente. Pero parecerá más pequeño á causa de sus fuertes espaldas cuadradas, ya sensibles á su edad.

¿Qué ha establecido de común, pues, la educación, desde el punto de vista físico, entre este galopin rechoncho y esta esbelta rubia?...

Primer punto :

Que ambos tienen buenos músculos para su edad, una extrema desenvoltura; que saben correr administrando la respiración; saltar una zanja, vadear un río; que son diestros en los juegos, resistentes en la fatiga; que montar un caballo de la granja y remar no les impone, y que, además, no hemos lejado de vigilar sus gestos, su aire inquieto ó reposado, á fin de que este aire sea seguro, elegante.

Tienen también de común que gustando de la carrera y de los juegos, tratando de superar á sus compañeros y ellos mutuamente, mostrando cierto desdén por los débiles, no temiendo « miedo á nadie », no han sido educados en una admiración ingenua, exclusiva, del músculo ejercitado. La palabra « deportes » no resume para ellos el programa de toda la vida. Haciéndoles saber que tal campeón de *tennis* ha caído » después de una carrera de tres horas por una montaña, nos hemos enseñado á procurarse, ante todo, una resistencia general, una agilidad general, más bien que tal aplicación de la agilidad y de la fuerza.

Esto no impide, de ninguna manera, que las condiciones naturales de los dos niños se desenvuelvan. Simona, precoz atalante, vence por lo segura en la carrera á su primo; sería en Suiza la admiración de los guías por su audaz agilidad. Pedrito es un ciclista experto y se pliega con una facilidad sorprendente á todos los juegos de destreza. Ambos bailan bastante bien (con algo de infantil rigidez) y los ejercicios gimnásticos les son familiares.

Principio. — Hasta los doce años hay que desconfiar de todo deporte especial para el niño, pues siempre lleva consigo una deformación. Si el niño de doce años que hemos educado tiene buenos pulmones, buenos músculos, agilidad, no es tímido, posee cierta elegancia y lo que hemos llamado el sentido del *record*, hemos hecho para este Aquiles un precioso Quirón.

* * *

Segundo punto.

¿Qué peculio intelectual han adquirido ya y puesto en reserva estos dos niños? ¿Qué saben, en el sentido estricto de la palabra?

Pues bien. En primer lugar saben hablar y comprender su lengua maternal. Así se distinguen de la mayoría de sus contemporáneos que « poseen » un vocabulario de tres ó cuatro palabras á lo sumo y se sirven de él con grave ofensa para el sentido exacto y para la sintaxis. Comprenden perfectamente una página de puro estilo de los siglos xvii al xx. Se ha expurgado su lenguaje de todos los barbarismos, de todos los solecismos usuales. Aplican sin dudar las reglas ortográficas, que no son tan fantásticas como algunos pretenden: conocen también ciertas originalidades de la ortografía, que les divierten... Añado que al enseñarles á hablar, hemos procurado que fueran cortos de palabras é ideas, cuando se trata de hablar ante varias personas, explicándoles ó relatándoles alguna cosa.

Lejos de acostumbrar á los niños á la charla, este ejercicio

verbal les acostumbra á escoger las palabras y construir por adelantado las frases que van á pronunciar, lo que es muy diferente de la charla.

Sin duda alguna todavía enriquecerán más su vocabulario; además de las sintaxis, que poseen, penetrarán mejor, en adelante, las razones lejanas que obligan á que su idioma sea lo que es, comprenderán más fácilmente la armonía de la forma, la elocuencia, el ritmo, la poesía. Pero el aprendizaje puramente escolar ha terminado. Pedro y Simona, á los doce años, hablan, comprenden, leen y escriben el francés, cuando casi todos los niños de su edad balbucean una lengua elemental con la que no pueden expresar claramente una idea, fuera de las vulgares, *y, por consiguiente, son inaccesibles á todas las ideas, menos á las vulgares.*

Es cierto que estos niños, de la misma edad y de idéntico medio social, hablan además el inglés ó el alemán, aunque menos bien que una *maid* de Ramsgate ó un Kellner de Düsseldorf. Pedrito y Simona han sido cuidadosamente preservados de tal enseñanza y, hasta el presente, no ha resultado para ellos ninguna desventaja, pues un niño burgués de menos de doce años no es fácil que se encuentre aislado en tierra extranjera. En el curso de los cortos viajes hechos con sus padres á Alemania é Inglaterra, mis discípulos han comprobado la molestia de no comprender ni hablar el idioma del país que han visitado y les hemos prometido que los aprenderán más adelante. Ahora preguntan cuándo « principiarán las lenguas extranjeras », como antes preguntaban « cuándo empezarian á trabajar ».

Sin embargo, saben expresarse en términos corrientes, leer y escribir los textos fáciles en otra lengua; en la latina. Un eclesiástico erudito ha accedido, de acuerdo conmigo, á experimentar con Pedro y Simona, para la enseñanza del latín, el procedimiento ordinario empleado para las lenguas extranjeras. Como es natural, este procedimiento aplicado al latín, ha dado igual resultado que con el español ó el inglés. De esta manera, mis discípulos han aprendido fácilmente las leyes del lenguaje nuevas para ellos: declinaciones, género neutro, construcción simple y variada, que encontrarán en

muchas lenguas modernas; su concepción de la sintaxis se ha ampliado; pero su acento francés no se ha falseado y lejos de embrollar el conocimiento de la lengua moderna, este aprendizaje lo ha hecho más profundo, más amplio, más racional. No fué tiempo perdido, sino todo lo contrario. Aprender el latín es el medio más corto para saber á fondo el francés. Añadamos que, en adelante, están disciplinados para aprender una lengua extranjera; que el inglés ó el alemán el idioma que se les enseñe, el procedimiento no varía.

Al llegar aquí me objetarán: « — La enseñanza del latín, muy aceptable para Pedro, es completamente superflua para Simona ». Á lo que respondo: « — Pruébeme que dentro de diez años Simona no será médico, abogado ó discípulo de la sección de letras de la Escuela Normal y entonces estaremos de acuerdo. »

En ciencias matemáticas les hemos familiarizado con las figuras geométricas; han comprobado, tanto como es posible á su edad, las propiedades de estas figuras, evitando toda demostración. Pero saben, porque lo han visto y, por consiguiente, retenido que la diagonal de un triángulo isósceles es perpendicular á la base y que la sección oblicua de un cono es una elipse.

En aritmética hemos procurado, ante todo, enseñarles á calcular. Nada de teorías. Sumar, multiplicar, dividir rápidamente y de una manera segura; una educación de tenedor de libros. Pedrito ha triunfado. Simona no le iguala; pero como desde la edad de cinco años « aprende á aprender », es decir á aplicarse, á esforzarse, á empezar de nuevo, á no darse por casi satisfecha, calcula bastante bien para su edad.

Las nociones descriptivas, visuales, prácticas de física, de química, de historia natural, de cosmografía han jugado en nuestra educación un papel recreativo.

La Historia y la Geografía nos han absorbido muchas horas. Y, sin embargo, lo que saben de historia podría contenerse en treinta páginas, de un volumen pequeño; pero, en primer lugar, saben estas páginas « como el Pater », no guardando para la memoria ese desprecio tonto que demuestran ciertos

pedagogos; y además las comprenden á fondo, pues, para ellos, corresponden á realidades. Nada de cuanto hay inscrito se les aparece en suspenso, en el aire. Saben un corto número de fechas escogidas entre las que, en realidad, marcan los puntos culminantes de la historia; la historia, en conjunto, de un siglo cualquiera; si un hecho importante, cuyo año no retienen en su memoria precede ó sigue á tal otro y si está inscrito al principio, en medio ó al final del siglo. Saben, en fin, la historia sincrónicamente, la historia sumaria de toda la humanidad y no están expuestos á los fracasos de muchos bachilleres que no han reflexionado jamás sobre la simultaneidad de los acontecimientos históricos que han aprendido en el tercero ó último año de sus estudios.

El compendio escrito de nuestra ciencia cabe, lo repito, en treinta páginas. La Geografía, que puede contenerse en sesenta, sabidas también como el Pater, está muy poco cargada de detalles; pero, igualmente, es universal y apenas si Francia fué, hasta el presente, objeto de un estudio más profundo: esto será obra de más adelante. En tanto, Simona y Pedrito, son la admiración de los preguntones por su conocimiento real del relieve general de la tierra, de la importancia relativa de los ríos, de las montañas, de los territorios; por su capacidad para dibujar de memoria un planisferio en el que no falte nada esencial; por su facilidad para imaginar (también de memoria) un viaje de cinco ó seis mil kilómetros entre dos puntos dados.

¡ Sesenta páginas de texto, pero bien sabidas, confirmadas por una infinidad de ejercicios prácticos en el mapa!... ¡ En tanto ponen en los liceos en manos de niños de la misma edad un volumen de seiscientas páginas compactas para la geografía de Francia nada más!

Principio. — Se llenan maravillosamente las funciones de educador intelectual si, á los doce años, sabe trabajar el niño; si su memoria está metódicamente dirigida; si conoce bien su lengua materna; si prolonga este conocimiento al latín fácil; si conoce la sucesión de las grandes épocas históricas, el aspecto general de la tierra; si calcula de una manera

segura y rápida; si sus ojos están habituados á las formas geométricas; si tiene nociones elementales, pero precisas, sobre los cuerpos usuales y las fuerzas de la naturaleza.

* * *

Tercer punto : la educación del corazón.

No hay necesidad, querida sobrina, que repita aquí en resumen lo que he detallado extensamente en mis cartas anteriores : cómo debe ser vigilada, guiada y disciplinada la sensibilidad del niño, y cómo por un comienzo de cultura artística, por la enseñanza de la « creencia de nuestros padres », se da fuerza y matiz á esta sensibilidad.

Sólo quisiera fijar bien aquí cuál debe ser la etapa moral que termina en el niño entre los ocho y los trece años.

Á los siete años, toda la moral del niño se contiene en estos dos preceptos : « Obedecer. No mentir. » Ninguna discusión y las menos explicaciones posibles sobre el bien y el mal de las cosas. El bien es lo que ordenan los padres. Y la sanción sigue infaliblemente á los actos, sin indulgencia por el perdón, sin mimos para la recompensa.

Á los doce años, la idea del bien y la idea del mal no sólo son, para el niño bien educado, una prescripción, el temor á ser castigado ó el deseo de obtener una recompensa. Para todo educador, su discípulo debe gobernarse por la fuerza íntima de la conciencia. La conciencia de un niño de doce años es, á veces, más lúcida y tiránica que la de un adulto, pues éste aprende á acallarla y adormecerla. Nosotros hemos procurado que las conciencias de Pedrito y Simona sean fieles balanzas, sólidas, sensibles, pero no locas. Les hemos hablado frecuentemente del bien y del mal, les hemos acostumbrado á examinarse ellos mismos, á pesar de sus actos, á juzgarse. Les hemos hecho comprender bien estos tres principios morales : no molestar — no engañar — no decaer ante su propio juez. Y si el catecismo nos ha parecido el mejor curso de moral, hemos tenido gran cuidado de que esta moral de catecismo no fuera para ellos una enseñanza como las demás, limitada en un libro, objeto de deberes y

de exámenes y reservada á los maestros religiosos. La moral, el examen de conciencia, la meditación sobre el bien y el mal son para ellos cosas de la vida corriente.

Indudablemente. ¡ Nuestros constantes esfuerzos no han cambiado las naturalezas de Pedrito y Simona ! Hemos tenido que combatir en cada uno de ellos dos defectos diferentes y los resultados obtenidos no son iguales. Pedrito es un niño fácil y sincero, pero un poco egoísta y divertido. No se cuida gran cosa de disimular sus actos porque no le causan un efecto decisivo las reprimendas y toma los castigos filosóficamente. Simona, ultra nerviosa, sujeta, no hace mucho, á cóleras que casi la ponían enferma, se cuida más de agradar á las personas que ama y la mortifican más también los castigos que le imponen. Pero le gusta disimular y miente obstinadamente... El cuidado no interrumpido de la educación ha atenuado los efectos del egoísmo en el niño y ha hecho á la niña más franca y equilibrada. ¿ Quiere decir esto que su educación moral ha terminado ? ¡ No !... Nosotros estaríamos satisfechos de nuestro esfuerzo si hubiésemos perfeccionado el instrumento de su conciencia y enseñado una disciplina moral. El hábito de examinarse, de juzgarse á sí mismos, ya no brotará, en adelante, de su corazón. Son sinceros gracias á la vida; por la vida han adquirido el hábito de mirar de frente. Puesto que, como ha dicho Montaigne, podemos dar pasiones á los niños, nosotros les hemos dado la de ser sinceros con sus semejantes y con ellos mismos.

En fin, á todo este conjunto de educación física, intelectual y moral no hemos desdeñado añadirle lo que yo llamo « la manera, el acento, la elegancia... » Pedro y Simona, entre otras cualidades, tienen la de no ignorar las artes y no ser insensibles. Simona muestra un gusto muy desarrollado por la música. Pedro dibuja bien y hemos procurado no violentar estas inclinaciones. Á Simona le atrae la música; á Pedro las artes plásticas; pero ambos conocen el solfeo y algo del dibujo que puede tener aplicación. Además, ante un cuadro, un jardín, luego de leer una página de un buen actor, son capaces de expresar y defender una opinión crítica, ingenua á veces,

errónea otras, pero jamás fuera de lugar, « al azar », sobre todo, jamás expresada *porque la han oído*.

* * *

Y así, sus músculos son firmes, su espíritu ligero, su conciencia disciplinada. No son ni atletas, ni sabios, ni santos; son una joven planta humana bien arraigada, bien dirigida, bien alimentada, bien podada.

¡ Ahora llega la primavera, la época de florecer !

CARTA VIGÉSIMA

Ambleuse y Rein-du-Bois. — Mis huéspedes. — Abundancia de pupilos. — La edad ingrata. — Un almuerzo con la nueva pollada. Reflexiones sobre la crisis del respeto.

Ambleuse, 1.º de septiembre.

HEME instalado, querida sobrina, en este caserón silencioso, encantador, al que mi amigo M. de Lespinat me invitó, hace bastante tiempo, para que viniera á pasar una temporada. Cuando venía á verme á París, es decir, tres ó cuatro veces por año, en torno á tu mesa, me llevaba á parte y decíame :

Si viene usted á Berri este verano, no se hospede en casa de mis vecinos Laterrade. Son deliciosos, pero, entre nosotros, el ruido y desorden de su casa deben molestar las costumbres de usted. Ambleuse es más pequeña y menos rica que Rein-du-Bois; pero nada turbará allí sus meditaciones, sus lecturas, su labor. De la noche á la mañana yo voy al campo ó de caza. En cuanto á mi hijo Jorge, es, como usted, un hombre de papeles y libros. Además, siente por usted tanto cariño que no se moverá en todo el día por temor á importunarle. Véngase á Ambleuse.

Y si le objetaba que la dueña del castillo de Rein-du-Bois, Lucía Laterrade, es hermana de tu marido; que vas allí durante el otoño y que dejar Rein-du-Bois por Ambleuse sería molestar á tu cuñada, si le objetaba todo esto, repito, se echaba á reír.

— ¡ Rechace esos escrúpulos ! Yo quiero mucho á Lucía Laterrade; es buena, hospitalaria, inteligente y hasta

ingeniosa; pero su indiferencia ante todos los acontecimientos es imperturbable. ¿Se dará cuenta siquiera de que no se ha hospedado usted en casa de ella?...

— ¿Y Francisca?

— Verá usted á su sobrina cuantas veces quiera, pues nuestros parques se tocan: no hay ni siquiera cuatrocientos metros de puerta á puerta.

Hasta aquí habia resistido á M. de Lespinat. En secreto, sin embargo, estaba de acuerdo con él en un punto: que Rein-du-Bois es un lugar mundano muy poco á propósito para un hombre dedicado á escribir. El ruido, el odioso, cruel y mortal ruido, ha establecido su imperio. Allí se cierran de golpe las puertas, arrastran las sillas y se oyen, en tono de disputa, los diálogos más inofensivos. Ante tal ejemplo, los criados, cuando arreglan la casa, evocan los más rudos recuerdos de la Jacquería: el castillo saqueado por una horda. Terminado el arreglo y limpieza distienden los nervios cantando desaforadamente, bailando por los corredores. Además, el ayuda de cámara es violinista y el *chauffeur* toca el cuerno inglés. En cuanto á los invitados... ¿no es natural que adquieran las costumbres de la casa? ¿No has notado que el ruido como el silencio es contagioso? Pues bien; los invitados más tranquilos de tu cuñada Lucia se tornan ruidosos apenas han franqueado los umbrales. El vecino de al lado golpea el suelo con botas que parecen de suelas claveteadas; la bonita dama de abajo ronca como un guardia civil; el viejo señor de arriba, hacia las tres de la tarde, se levanta tranquilamente y se entrega á tareas inexplicables: diríase que cuenta nueces y las va echando una á una en un saco... De los niños no digo nada, pues para ellos, el ruido significa alegría y hasta á mí, que tan mal humor poseo, me hacen gracia. Pero como decía un pariente mío: «lo excesivo es excesivo.» ¡Qué de niños en Rein-du-Bois en este momento! Allí se cobijan cinco personajes menores de dieciséis años. En primer lugar Pedro y Simona, ambos de ocho años; después Noel Laterrade, del que me han rogado me ocupe un poco, «porque no pueden sacar nada de él». Añade á Silvia Bertrand-Tasqué, de quince años, encantadora y nada molesta es verdad, pero cargada

con su hermanito Enrique, «la mecha científica». Yo amo á los niños; la prueba es que dirijó la educación de Pedro y Simona, sin contar la de Francisca II que me has encomendado por adelantado; que trato de arrancar á Noel de su pereza; que he contribuído á sustraer á la «mecha científica» á la influencia tremenda de sus padres haciendo que lo enviaran al colegio; que Silvia me ha tomado por confidente suyo... Amo á los niños; pero también el retiro, el silencio, la soledad, según las horas. Pero en Rein-du-Bois no hay horas dedicadas al silencio, al retiro. Todo el mundo invade á todo instante la vida de cada cual, de la manera más cordial, como si esto fuera un derecho. Esta concepción falansteriana de la vida de castillo está completada (Lespinat tiene razón) por un desorden tan general y continuo que acaba por resultar cómico: las habitaciones de los huéspedes las arreglan durante la tarde; la imposibilidad de prever la hora cambia la de las comidas; una mezcolanza inextricable de vestidos, calzado... Si, todo esto es muy cómico, convengo en ello; pero sólo para el que no se detiene allí más de dos ó tres días. ¡Pero cuánta falta hace que guste de tu presencia, Francisca, para permanecer allí quince días todos los septiembres!

Por lo tanto, este año — puesto que, fiel compañera, has decidido «hacer la estancia de oficial de reserva» en compañía de tu marido, en Calais, y no podemos, por lo tanto, encontrarnos en Berri, — he aceptado la reiterada invitación de M. de Lespinat.

Y aquí me tienes hospedado en Ambleuse.

Tú debes recordar Ambleuse, la casa Luis XVI con dos pabellones, cada uno de los cuales posee una señorial escalera de piedra con graciosa rampa de hierro negro; los salones son de techo de madera labrada; las vastas salas, con alcoba; las chimeneas elegantes, adornadas con espejos; el mobiliario no ha sido casi trasladado después de los Estados Generales; la amplia biblioteca comenzada hacia 1753 por Brault de Lespinat, toda esta vetusta pátina, sin arrugas y sin ruina, hace de este modesto castillo un rincón maravillosamente evocador del pasado, un rincón que el *amateur* de la historia preferirá

siempre á la casa solariega de Luis Felipe, de los Laterrade, incluso á ese Chambón gótico-moderno levantado muy cerca por tus amigos los Demonville y cuyo lujo deslumbra á cuantos entran allí.

Yo solo me hospedo en Ambleuse con M. de Lespinat y su hijo Jorge. Estudioso, aficionado á la lectura, ferviente amorador de la poesía, habíame preparado el mismo Jorge una instalación ideal : las dos piezas indispensables al hombre que trabaja, porque la cama no debe estar vecina de la mesa de escribir. Libertad completa : se han cuidado muy bien de no prepararme todas las noches las temibles distracciones que, desde hace mucho tiempo, me han hecho insoporrible la verdadera « vida de castillo ». Si se me antoja por la mañana coger la escopeta y ojear el bosque, uno de los perros de la casa trota delante de mí y nadie se ofrece para acompañarme. Si me place permanecer en mi habitación, nadie me importuna. Las comidas las sirven á hora fija y son buenas y frugales : M. de Lespinat, hombre muy ordenado, vela por la higiene de nuestro estómago y no cree que para contentar á su huésped haya de hartarle. Aunque desde hace catorce años — desde que enviudó — se consagra particularmente á los cuidados agrícolas, M. de Lespinat es hombre que lee y que, como se dice en provincias, está al tanto de lo que pasa. Jorge, del cual su padre fué el primer maestro, al que el cura de la parroquia enseñó los rudimentos del latín, y que, desde los doce años, se hizo resueltamente autodidáctico y sacó sin ayuda de nadie sus humanidades, es aquí mi verdadero compañero intelectual. Yo no conozco, querida Francisca, espectáculo más emocionante que observar la eclosión de una inteligencia joven que quizás llegará á ser muy grande. El genio se alberga donde quiere. ¿De dónde surge este poeta después de tantos antepasados cortos de inteligencia, soldados, agrónomos, cazadores, algunos amigos de las buenas letras, es verdad, pero sin el menor talento?... Jorge comienza á decidirse á mostrarme sus versos : me parecen buenos y encierran, ante todo, abundantes promesas.

¿Y Rein-du-Bois? ¿Y tu cuñada Lucía?

Ni tu cuñada ni su esposo se han mostrado rigurosos con el prófugo. Lucía me ha dicho :

— No se preocupe de explicarnos las razones que pueda tener... Si yo me encontrara en las condiciones de usted haría lo mismo. Ambleuse es deliciosa y Rein-du-Bois un albergue de décimo orden... Viva en Ambleuse; pero si nos « deja » me enfado...

No « dejo », de ninguna manera Rein-du-Bois. En primer lugar continúo vigilando á mis dos discípulos; dedico una hora todos los días á « dar una mano » al joven Noel; Silvia implorará que me interese por su desgraciado hermano, y ¿quién puede resistir á la gracia implorante de Silvia? Y mi vida, rodeada por todos estos niños que me han cautivado con sus costumbres habituales é infalibles — estoy persuadido de que tienen necesidad de mí — se parece aquí menos á la de un literato que á la de un capataz contemporáneo del señor Brault de Lespinat, ó más exactamente, á la de un Master d'Oxford dirigiendo varios alumnos repartidos en casas vecinas.

¿Capataz? ¿Maestro? ¿Pedagogo? ¿Por qué no?... Á ti, querida sobrina, no debí ocultarte el gusto sincero que me inspiran las cosas de la educación. Muchas veces me has dicho besándome en la sien, donde mis cabellos comienzan á blanquear : « Tío mío; yo le quiero con todo mi corazón, pero á veces es usted un poquitín malo... » Y el beso hacía pasar la palabra.

¡Un poquitín malo! Conforme, si ser malo consiste en pensar que nada es tan digno de estudio, de desarrollo, de formación, como la materia humana, sólo maleable en el periodo de la infancia. Para formarla bien quizás intervengo un poco tarde; habría que ser nodriza, ó mejor, madre; habría que coger al niño desde que vino al mundo, como ha dicho Pérez, como yo te he dicho no hace mucho, cuando vino al mundo Francisquita II. La infancia, te decía yo entonces, tiene tres periodos, tres edades sucesivas. El que deje pasar sin cultivó uno de esos tres periodos infantiles, ha perdido, para la obra de la educación, la oportunidad que ya no encontrará jamás... Hay algo de irreparable en la deformación in-

telectual infligida á un niño francés por las pobres muchachas de Galway y Stuttgart que se les pone como mentoras: ese niño quizás sepa pronunciar *bottle* ó *flasche*, pero no conocerá jamás á la perfección su propia lengua. Así mismo, también, hay algo de irreparable en el trastorno causado en una inteligencia de ocho, nueve, diez años por la enseñanza que yo llamo « en el aire », es decir, sin relación inmediata entre las diversas nociones y el discípulo mismo. El periodo durante el cual se forma el temperamento fisiológico ofrece, á veces, una suprema ocasión de actuar sobre el niño, incluso en los casos en que, como tu sobrino Noel Laterrade, se abandonó su educación; se puede entonces intentar rehacerlo aprovechando la revolución que opera en el niño la naturaleza... Pero esta ocasión es la última. Entre los doce y dieciséis años, el alma infantil se cristaliza en un sistema casi definitivo; si en adelante se modifica, no será bajo la influencia de la educación, sino del amor, y el amor se niega á colaborar con ningún *magister*.

Querida Francisca, estoy contentísimo de haber tomado á mi cargo la educación de tu hijo Pedrito y su prima Simona cuando todavía no contaban mucho más de cinco años... Cuanto más me esfuerzo en poner en orden la educación de Noel Laterrade, más compruebo ese algo irreparable que culmina en los doce años. En compensación, el joven Noel me proporcionará la ocasión de completar la doctrina de mis cartas precedentes que examinan la educación hasta los siete años y de esta edad á los doce. Pedro y Simona se aprovecharán, cuando alcancen la edad llamada ingrata... Hasta entonces, enriqueceré para ellos las observaciones que haga en sus mayores, en los que ahora se encuentran en la tercera edad de la infancia, que bien pronto serán mozos, las esperanzas del porvenir, en una palabra: la nueva pollada... ¿Sabes que estas vacaciones que paso en Ambleuse enriquecerán mis observaciones y me proporcionarán ocasión de cosechar otras nuevas?... Hace cinco días que me encuentro en Berrí y no han pasado veinticuatro horas sin que haya anotado, no sólo aplicable á Simona y Pedro, pero también á Noel, Silvia y Jorge. Y he tomado, además, notas suplementarias

para las señoritas Demonville (Blanca y Magdalena, de catorce y trece años respectivamente), para sus jóvenes amigos Sam y Daisy Footmer, para Cecilia Bernier, para Guy Demonville, para...

— ¿Pero de dónde diablos conoce usted á todo ese pequeño mundo? — me interrumpirás.

¡ Es bien sencillo ! La noticia de que un literato iba á ser vecino del castillo de Chambon, revolucionó á su dueña, M^{me} Demonville. No hacía una hora que había llegado á Ambleuse, ni terminado de arreglar los cuellos en la cómoda, cuando un ciclista me trajo una carta, color azul, y escrita á lo largo, según la moda. Me suplicaban en ella que fuera con los Lespinat y con los Laterrade á almorzar, al siguiente día, á Chambon. No hice gran caso; pero comprendí que no aceptando, ofendía á mis huéspedes y sobre todo á tu cuñada, que había jurado llevarme. Acudí, pues, y no me aburrí; hasta trabé amistades bastante íntimas. Esto necesita una explicación.

La flamante M^{me} Demonville — ya la conoces: cuarenta años, pero aparentando treinta nada más, rubia artificial, muy habladora y bulliciosa, — está instalada en Berrí desde últimos de agosto. Ha fijado su residencia en la costa normanda, porque el mar calma á su hija Blanca, su hija mayor: los nervios de esta joven, según parece, se estiran con el aire marino como las cuerdas de violín. El marido, al que los negocios de banca detienen en París, y al cual no divierte mucho París, llega todos los sábados para regresar el lunes. El resto del tiempo, M^{me} Demonville soporta, sin aburrimiento al parecer, la ausencia de su esposo y dirige como experta parisiense sus numerosos huéspedes, porque no comprende la vida del campo con menos de quince personas alrededor de su mesa. Y para que así sea, emplearía, á ser necesario, el sistema evangélico del *compelle intrare*. De aquí que se encuentren en Chambon huéspedes un poco heterogéneos: el caso de todos los castillos que quieren « recibir », cueste lo que cueste. Afortunadamente, la juventud, una juventud alegre, bulliciosa y bastante variada, abunda allí. Además de las hijas de la casa, Blanca y Magdalena De-

monville y su hermano Guy, se ven actualmente una de sus amigas parisienses, Cecilia Bernier, otra amiga inglesa, May Footner y su hermano Sam Footner. Todo este joven enjambre cuenta de trece á quince primaveras por cabeza rubia, negra ó trigeña, siendo este último caso el de Sam Footner nada más.

Ya imaginarás las reflexiones un poco grises que este ejército, aumentado con Noel, Silvia y Jorge, puede inspirar á los espectadores de sus juegos, sobre todo, si frisan ya en el décimo lustro. Esta juventud agrupada parece querernos decir con su actitud : « ¡Vamos, despachen, que ha llegado nuestro turno !... » Es la segunda tanda de los vagones-restaurantes, la que acecha, con ojo hostil y dientes largos, los postres del primer equipo; es el vecino de la taquilla, que nos empuja mientras certificamos una carta... ¡Espectáculo melancólico y divertido ! Es inevitable sufrir y lamentarse en la época de la vida en que me encuentro. Ya sabes cuál es mi doctrina : no envidio á la juventud y, además, encuentro la vida bastante larga, proporcionada á nuestras fuerzas y deseos si sabemos moderar éstos y economizar aquéllas.

Todo esta juventud á que me refiero, excepto Jorge de Lespinat, que tiene diecisiete años cumplidos y May Footner que, con sólo quince, aparenta dieciocho, está en plena edad ingrata...

¡Edad ingrata ! ¡ Hermosa, conmovedora, inquietante alianza de palabras, una de esas alianzas matizadas como sólo en nuestra lengua se encuentran ! ¡ Edad ingrata ! Esto evoca un cuerpo helado que se distiende, una palidez delicada que inunda de súbito, sin motivo aparente, un flujo encarnado; una boca que ríe francamente, pero en la cual mora un no sé qué vagamente doloroso cuando cesa de reír; ojos tan pronto atrevidos, tan pronto esquivos, en los que la curiosidad y la timidez se combaten incesantemente, ojos en los que hay frenesí y laxitud, ardor de vivir y sueño atrasado, fiebre y abatimiento, impertinencia y miedo, todo encuadrado en cejas mal dibujadas, en párpados inquietos y azulados parecidos á las pestañas curvadas de la infan-

cia, que comienzan á caer cuando se aproximan los veinte años. ¡ Edad ingrata ! Los miembros demasiado delgados y largos que embarazan al niño y con los cuales, apenas se le observa, adopta actitudes incómodas, anormales, cómicas... Edad ingrata. La voz cambia y enmudece cuando pretende hablar; las manos escartata que no saben las muchachas donde ocultar; las delgadeces que disimulan y que dan á su pudor cierto aire hosco; los cabellos demasiado abundantes, que no consiguen peinar y que frecuentemente caen sobre su débil nuca produciendo duras jaquecas. Edad de las preguntas que no se formulan; de las misteriosas augustias que un día nos producirán risa; de los grandes odios y violentas simpatías que pasan como un turbión; edad en la cual, frecuentemente, aún no se desea la vida, porque nos arrastra á pesar de nosotros mismos. Edad dolorosa, voluptuosa, en la cual el niño tiene fuerzas superiores á sus deseos; edad en que la naturaleza domina de tal manera al sér humano que este no es, juguete de ella, más que lo que un pobre andrajo. Edad en que el temperamento y el carácter se fijan lentamente y se cristalizan... Edad que guarda las indecisiones de las mañanas de marzo, de cambios bruscos y de delicado sol, ¡ cuán emocionante eres cuando te contempla el *amateur* de almas y qué ingratitud llamarte ingrata !

— Volvamos á M^{me} Demonville. Facilmente imaginarás, querida Francisca, nuestra primera entrevista, las horripilantes frases sobre mis libros, la seguridad de que yo no tenía admiradora más incondicional que la dueña del castillo de Chambon. ¡ Admiradora ! ¡ Admirar ! Palabras de las cuales se hace un uso tan frecuente que casi han perdido su sentido primitivo. Las atenciones de M^{me} Demonville las he traducido interiormente así : « Sus libros, caballero, me han entretenido, á veces, durante media hora; otras me han aburrido. Por lo demás no he leído ninguno á fondo y si usted me pregunta, descubrirá que los confundo con los de otros novelistas. Pero su nombre aparece impreso frecuentemente en los periódicos, por lo tanto, debe usted sentarse á mi mesa, como toda persona rica, elegante, bien nacida ó simplemente un poco notoria que pasa por estos alrededores. »

Además de la bulliciosa banda, inquieta, impertinente y reidora de los de la « edad ingrata », además de M. de Lespinat y el matrimonio Laterrade, se encontraba en torno de la misma mesa un propietario de Indre, el Marqués de Lasmolles, gran criador de caballos, la Marquesa y un célebre pianista, de temporada en compañía de ellos; terceto muy agradable, pero que no te describiré, ni te repetiré sus palabras, extrañas al objeto que nos ocupa á ti y á mí. Solamente te señalaré la sorpresa un poco irónica que me manifestó la Marquesa de Lasmolles, después de las « admiraciones » de rigor.

— Luego, ¿es cierto? ¿Pedagogo ahora?

— No tengo ese honor, señora. Me ocupo nada más, algunos ratos, en vigilar la educación de dos sobrinitos.

— ¡Admirable! ¡Es una cosa inesperada! ¿Qué van á pensar las parisienses, sus lectoras habituales?

— Temo, señora, que algunas dejen de leerme, al menos las que no tienen hijos, y esto ya constituye un lote importante... Me contentaría con las mamás, ver mamás de provincias...

Al mismo tiempo que me esforzaba por cumplir mis deberes de honrado invitado, seguía, sin perderlo de vista, el mundo juvenil, infinitamente más interesante para mí que las admiraciones de M^{me} Demonville y las sorpresas de M^{me} de Lasmolles. Á medida que el almuerzo avanzaba, todo este mundo joven se manumitía poco á poco de la pasajera gravedad que habiale impuesto el aparato de una recepción. Cuando nos trasladamos al salón para tomar el café, todos los de la « edad ingrata » habían reconquistado su actitud normal que es, en el siglo xx, no mostrarse tímido ante los mayores ni ante los maestros... Los que no aparecían irreverentes me sorprendían por su aplomo. Noel Laterrade que se afeita, en el labio superior, un bigote imaginario, discutía caballos con el Marqués, convencido de poseer la misma competencia que éste en la materia. Y oí que le decía: « ¿Old Nick mejor que Bouffonnerie? Vamos, hombre, dice usted unas cosas... » Magdalena Demonville, (trece años) no tardó en enviar á paseo á su madre que le rogaba inter-

pretara al piano un estudio de Chopin ante el célebre pianista; y apoyó su negativa con este apotegma:

— ¡Cuando yo digo no, mamá, ya sabe usted que es no!...

Su hermana Blanca había llevado á un ángulo del salón á Jorge de Lespinat, y para ella no existían los invitados allí presentes: esta desenvoltura fué descubierta por la encantadora Silvia. Hace tiempo que conocemos — ¿no es cierto, Francisca? — la inclinación de Silvia por el joven castellano de Ambleuse. Gentilmente, tristemente, Silvia se refugió al lado mío y se mezcló en una discusión en la cual Sam Footner trataba de demostrar — impaciente de mis réplicas — que los periódicos franceses sólo contienen pequeñas historias, ninguna información y, consecuentemente, un inglés, en Francia, no tenía necesidad de leerlos. Cecilia Bernier, de quince años justos, muy orgullosa de su intelectualidad (prepara el bachillerato y la licenciatura) no tardó en honrarme con una conversación en la cual me declaró cortesmente que no abría un libro contemporáneo, que las novelas le fastidiaban: esta confesión fué el *Drawback* de las admiraciones formuladas por la Marquesa y M^{me} Demonville. May Footner (catorce años y medio) me preguntó cuáles eran mis deportes favoritos, y cuando le confesé que la marcha, la espada y la bicicleta se rió en mis barbas y me dijo que esto no eran deportes. En resumen, excepción hecha de Silvia, siempre modesta (como sucede frecuentemente con las hijas de padres casados por segunda vez) y aquel día melancólica por razones que conoces, la nueva pollada me pareció notable por su infernal desenvoltura y ausencia radical de espíritu respetuoso...

Ya sabes que en Berri las recepciones de la tarde son interminables. Yo aprovecho la llegada de muchos autos sucesivos, llenos de vecinos ávidos de *bridge*, para esquivarme discretamente y regresar á Ambleuse. El camino es cómodo, umbroso: atraviesa primero el parque de Chambon, variado, florido, uniforme como un jardín parisiense y luego penetra en bosques más tupidos, más libres, más « Juan Jacobo » que rodean pintorescamente el lindo castillo de Ambleuse. Mientras camino, medito.

« ¿Es — me decía — una ilusión producto de mi edad, producto de mi juventud que se aleja, es un error de óptica lo que me hace juzgar esta nueva generación desprovista, más que de razón, de espíritu respetuoso? ¿Son todas las generaciones iguales á ésta? ¿La mía fué diferente? »

» No. Sinceramente; nosotros no éramos así... Me acuerdo... La confianza primaveral nos embriagaba, pero aceptábamos como decisivos los juicios de la experiencia otoñal; aceptábamos como indiscutible necesidad la disciplina de la familia, la del ejército y, además, « las personas mayores » nos interesaban por su edad, por las etapas que habían recorrido antes que nosotros. Estábamos dispuestos á consultarles como un viajero que parte consulta al que regresa... Puestos en presencia de personas notables ó reputadas, si no aceptábamos ciegamente el juicio de sus contemporáneos, el fenómeno de su notoriedad, de su reputación, nos interesaba por relación con nosotros mismos con nuestra esperanza de ser célebres. Les concedíamos una atención benévola y gustosa á la vez, una curiosidad ligeramente admirativa, en el sentido latino de la palabra, admiración que significaba, sobre todo, sorpresa. Y todo esto, fundido en nuestros hábitos de cortesía disciplinada, formaba un conjunto que se parecía bastante al respeto.

» Hoy, en primer lugar, se ha denunciado la disciplina familiar. Que esté relajada entre padres é hijos constituye un caso particular; pero es que se manifiesta también entre esposa y marido, entre amos y criados, como entre obreros y patronos.

» Cada vez más, los hijos de familias acomodadas, apenas llegan á los doce ó trece años, gobiernan prácticamente á sus padres. Las contingencias de sus estudios ó de sus placeres se anteponen á todo. La vida doméstica se suspende ante el bachillerato de Renato, ante el curso de Valentina y, á veces, ante el *tennis* ó el patinaje. Y la familia moderna ofrece el curioso ejemplo de una pereza educadora unida á la abdicación voluntaria de toda autoridad... ¿Cómo extrañarnos, pues, de que la nueva pollada carezca de respeto para con sus mayores?

» Otra cosa muy moderna : hacia las personas mayores que, jerárquicamente, no son nada para nuestros jóvenes de la « edad ingrata » muestran éstos, no sólo falta de respeto, pero un desdén que no ocultan... Para convencerme, no he tenido que esperar á observar, en el almuerzo de M^{me} Demonville, á Blanca, Magdalena, Sam, Noel, May, Cecilia.

» ¿Qué es lo que ha podido provocar en la nueva generación, este desdén por los mayores?

» Creo que nosotros mismos.

» Hemos dicho, proclamado y escrito tantas veces que nos habían dado una educación absurda; hemos elogiado tanto los cambios (algunos muy discutibles) operados después, que nuestros hijos se han acostumbrado á considerarnos como debieron considerar á sus padres la primera generación de *mujicks* nacidos después de la emancipación de los siervos. Nuestros hijos se creen muy diferentes á nosotros. Tienen, para humillar á sus padres, una palabra en la boca : deportes. Con el espíritu simplista de su edad, la superioridad deportiva que tienen sobre los que les dieron el sér, les basta para estar convencidos de que en todo les son superiores. « Papá no monta á caballo; mamá no juega al *golf* ni sabe patinar; papá y mamá son, pues, dos... (aquí una comparación tomada del régimen de los moluscos). La religiosa admiración de los padres por los deportes de sus hijos acaba de envanecer á éstos. Yo sólo he podido obtener algo de atención respetuosa de Noel Látarrade, desde el día en que, tirando á la espada, le administré unos cuantos botonazos. Á partir de este momento profesó cierta estima á mi inteligencia. »

No se hace marchar el tiempo hacia atrás, querida sobrina, y, por lo tanto, sería inútil esperar que se impusieran de nuevo, entre padres é hijos, las disciplinas de M^{me} de Genlis. Hay que aceptar como un hecho consumado la frescura de la nueva generación, su ausencia de respeto y contar con todo ello... Pedro y Simona no cuentan más que ocho años; los educamos á nuestra manera; pero respirarán el aire ambiente y cuando lleguen á la edad ingrata no les

governaremos con « *Sic volo, sic jubeo...* » Para que sean dóciles tendremos que convencerles. Procuremos, pues, desde ahora, que amen y deseen la disciplina, mostrándoles que ésta es una forma del orden, de ese orden que les hemos enseñado á amar. Rechacemos también su pueril soberbia haciéndoles ver constantemente su ignorancia, su inferioridad física é intelectual. Evitemos rebajarnos á sus propios ojos; no les digamos : « Nosotros no fuimos nada y tú lo eres todo. » No les causemos la sensación de que toda la casa vive por ellos y para ellos; en primer lugar, porque es un régimen absurdo, y luego, porque este procedimiento crearía una generación de tontos, creídos de que lo sabían todo sin haber aprendido nada, empeñados en dominar sin tener ningún derecho, y para los cuales la vida guardaría duras lecciones.

CARTA VIGÉSIMAPRIMERA

Visita á la sala de estudio. — El curso de historia de Pedro y Simona. — Hemos levantado un altar á la Memoria. — Una lección de vida práctica. — La familia Martín. — Mis dos discípulos son curiosos.

Ambleuse, 3 de septiembre.

LA mañana de hoy, querida sobrina, la he consagrado á mis discípulos, tu hijo y su prima.

Cuando llegué á Rein-du-Bois, hacia las nueve y media, con ese tiempo de últimos de verano en que el aire va cargado del olor de las frutas y se respira luz, los criados de tu cuñada comenzaban el cotidiano zafarrancho que, impropiamente, llaman arreglo y limpieza de la casa. Recibí un plumerazo en mi sombrero de fieltro; un cepillo de frotar el entarimado se escapó con rabia ciega del pie que encerraba y vino á chocar contra mí; tropecé con un servicio de té que habían dejado olvidado en un peldaño de la escalera; pero, por fin, llegué sano y salvo, ó poco menos, á la apacible región gobernada por la señora Lambert y señorita Galtié, á la sala de estudio donde, los dos niños, trabajaban.

La señorita Galtié esplicaba una lección de historia. La lección oral, — es decir el período durante el cual los niños deben escuchar y fijar la atención en lo que dice la profesora, — convinimos como tú sabes, en que no había de durar mucho más de un cuarto de hora... Seguidamente se consagra otro cuarto de hora á asegurarse, mediante preguntas, de que los puntos explicados, los han comprendido bien; en días sucesivos se repasa lo que anteriormente han